





EL UNIVERSO DE ÓLIVER

Primera edición, febrero de 2022

© Miguel Ángel González Carrasco, 2022

© Postfacio: Alexis Morante

© Ilustración de cubierta e interiores: Tomás Hijo

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S. C. - CIF: J93324580)

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

El logotipo de Ediciones El Transbordador es un diseño de Tomás Hijo

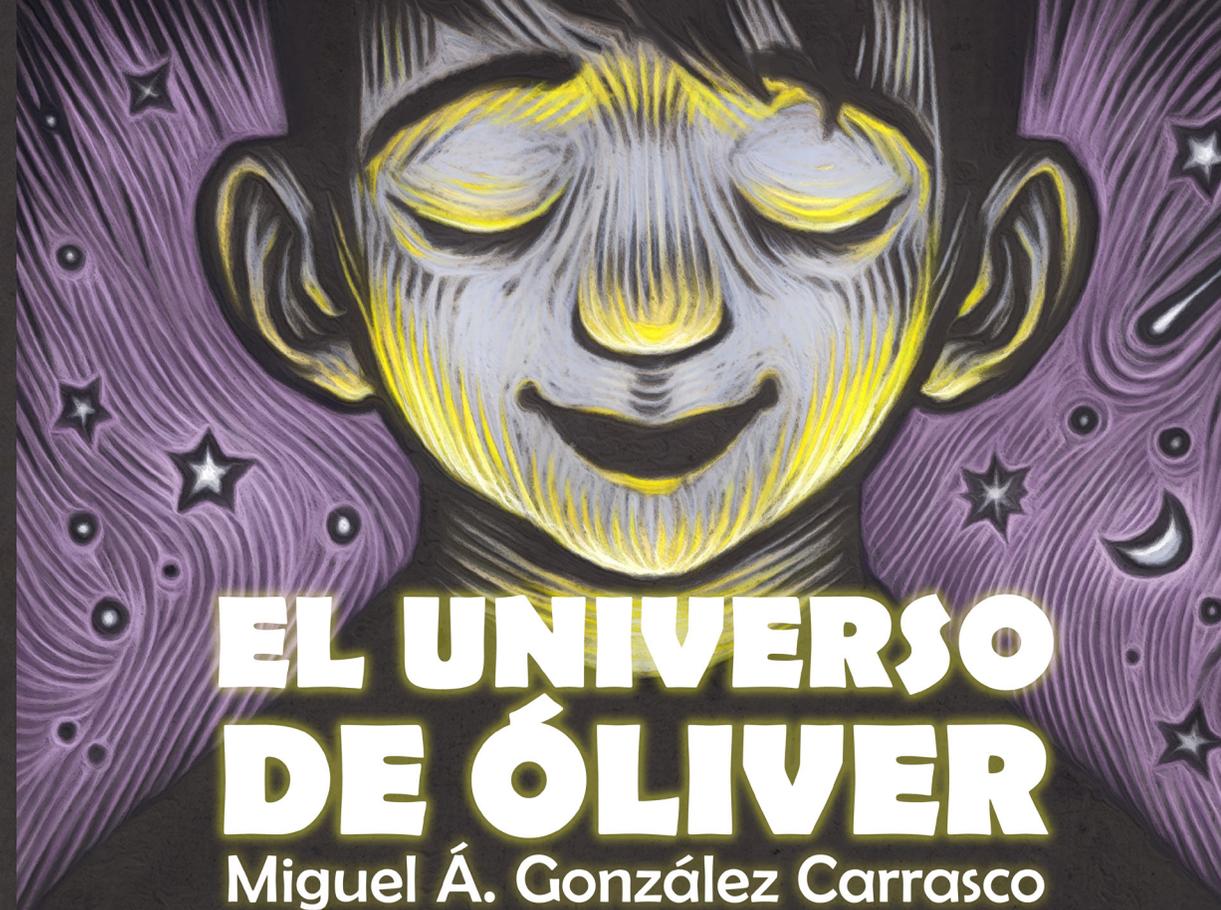
Depósito legal: MA 2-2022

ISBN: 978-84-124361-5-0

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en España - *Printed in Spain*

www.edicioneseltransbordador.com



EL UNIVERSO DE ÓLIVER

Miguel Á. González Carrasco

**Postfacio de
Alexis Morante**

**Ilustración
de Tomás Hijo**





A Chelo y Miguel, mis padres.
A Jesús, mi hermano.
Y a mi abuelo Gabriel,
en la orilla del Mar de la Tranquilidad.





A las 13:59 del viernes 4 de junio de 1993 el señor Alvarado estaba en el salón de su casa contemplando muy atento el inmenso reloj que colgaba de una de las paredes. Tenía la radio encendida. Sonaba una canción sencilla y repetitiva: el anuncio de un centro comercial que acababan de inaugurar en la zona. Cuando entraron las señales horarias de las dos de la tarde, Alvarado abrió la puerta de cristal que protegía la esfera del reloj y adelantó levemente la manecilla larga hasta situarla justo en las doce. Un pequeño mecanismo se activó en el interior del armazón de madera y dos campanadas profundas y perezosas llenaron toda la casa. En la radio, la sintonía del avance informativo dio paso a la voz del locutor, que comenzó hablando de las elevadas temperaturas que estaban registrándose en la provincia y que seguirían, al parecer, todo el fin de semana. Alvarado sacó un cigarrillo del paquete arrugado que descansaba sobre la mesa y se lo encendió mientras salía al balcón. Hacía calor, verdaderamente. Parecía un día de mediados de agosto. Los grandes eucaliptos, quietos y mudos, parecían estar esperando un leve golpe de brisa que no acababa de llegar. Aún había algo de movimiento en la calle, pero la mayoría de los vecinos del barrio estaban ya de vuelta en sus casas, a punto de sentarse a la mesa para el almuerzo. Un par de golondrinas revolotearon frente a su balcón y luego se perdieron por la esquina del edificio. El señor Alvarado dio una última calada y hundió la punta encendida de su cigarro en la tierra reseca de la maceta que usaba de cenicero. Una vez dentro, se puso a fregar los platos de la comida. Por la ventana, que daba al patio interior del edificio, sonaba el trajín de las cocinas y alguna televisión demasiado alta. Luego, las voces de un par o tres de vecinas, que se enfrascaron en una conversación a la que no prestó la más mínima atención. Cerró el grifo. Se pasó las manos mojadas por la cara, por la nuca, por la calva algo sudada, hasta secárselas finalmente en la vieja camiseta de tirantes que llevaba

puesta. Volvió al salón, se quitó los zapatos y cerró la cortina del balcón para que la habitación quedara sumida en una tímida penumbra. Entonces fue cuando se sentó por fin en la butaca y se puso a pensar en lo que haría aquella tarde. Podría sacar la manguera del cuartillo y regar el césped del vecindario. Quizá también podría dedicar un rato a las dos pitas: hacía ya una semana que había comprado una malla metálica con la que pensaba cercarlas, para protegerlas así de los balonazos que los críos les pegaban de vez en cuando. Sí, puede que hiciese eso. Y luego, a la caída del sol, daría un largo paseo por el pinar. A lo mejor hasta llegaba al pantano. Esa mañana no había podido salir a caminar, ya que había estado ocupado resolviendo un par de gestiones tediosas en el centro. Sí, su paseo diario seguro que no se lo saltaría. Miró entonces hacia la estantería y vio el libro de Dioscórides que Óliver le había regalado algunos años atrás. Quizá se pusiera a hojearlo un rato, después de la cena. Comenzaría por la pita, por ejemplo. El agave. Siempre que tomaba ese libro, le gustaba comenzar por una planta en concreto y, partiendo de ahí, dejarse llevar. Saltaba de una planta a otra, según su capricho. Nunca sabía dónde acabaría su búsqueda improvisada. En esos pensamientos estaba cuando fue quedándose adormilado, sin darse cuenta. Fueron unos minutos de sopor, de agradable silencio. Sin embargo, la calma del señor Alvarado no iba a durar mucho.

De pronto, el salón de su casa estaba inundado. El agua le llegaba a los tobillos. Todo debió haber sucedido en un instante, pero ¿cómo podía haberse dormido así, tan profundamente? Entonces su sorpresa fue aún mayor, cuando descubrió que no podía moverse. Su cuerpo no le obedecía. Al principio se asustó, hasta que comprendió, en un golpe de lucidez, que se trataba en realidad de un sueño. Por eso no se sorprendió en exceso cuando, desde el fondo del pasillo, vio a un hombre acercándose a él. José Alvarado supo enseguida de quién se trataba. Era inconfundible. Ya había soñado con él otras veces. Postrado en su butaca, en aquel salón cubierto de agua, Alvarado miró al visitante a los ojos. «¿Qué es lo que quieres?», le preguntó. El visitante se acercó a él hasta colocarse justo enfrente. Alvarado pudo oír el chapoteo de sus pasos, pudo sentir

claramente en sus propios pies el contacto del agua helada y cristalina, pudo notar el olor de la sombra, de la humedad, del musgo. En ese brevísimo instante tuvo la certeza absoluta que se tiene en los sueños. El hombre respondió: «Es ahora». Y, entonces, el extraño hechizo acabó de golpe.

El despertar fue brusco. Miró a su alrededor y comprobó que todo seguía en calma, en perfecta normalidad. Sus pies estaban secos. Se incorporó con algo de esfuerzo. El sueño había sido tan real que el hecho de que nada de lo que acababa de pasar hubiera sido cierto le resultó verdaderamente difícil de asumir. Estaba perplejo. Entonces descubrió, sin sorpresa, que algo dentro de él sabía exactamente lo que había que hacer. Miró su reloj de pared. Eran las dos y veinticinco de la tarde. Sin pensarlo demasiado, se dirigió hacia la puerta, la abrió y salió al rellano. Bajó los cuatro tramos de escaleras apresuradamente hasta llegar a la calle. Atravesó la sombra de los eucaliptos y tomó el camino de tierra que iba hacia el pinar. Una vez allí comenzó a correr. Era todo tan extraño que llegó a pensar que tal vez el sueño no había acabado aún y que en cualquier momento despertaría definitivamente para encontrarse de nuevo sentado en su butaca. Cuando empezaron a dolerle los pies, el señor Alvarado cayó por fin en la cuenta de que había salido a la calle descalzo.



1. LEPSIA

Nunca olvidó aquella mañana, aunque tampoco pudo recordarla con la nitidez con la que le hubiera gustado hacerlo. El cielo era gris, había charcos en el suelo y sus zapatos estaban manchados de barro. Parecía un día de otoño o de invierno pero, según aseguraba Natalia, el hecho ocurrió en pleno mes de junio. Óliver estaba en el patio del colegio. Había una muchedumbre de niños jugando. De pronto comenzó a sentirse muy extraño. Tuvo una especie de mareo, pero era un mareo agradable, sin náuseas ni molestias. Entonces ocurrió algo: el ruido, las risas, las voces de los niños se desvanecieron, dando paso a un insólito silencio. Se sintió extremadamente

ligero, como si pudiera flotar en el aire, como si acabase de entrar en un sueño, pero sin haber llegado a dormirse. Se miró las manos. En ellas, una mancha oscura empezó a crecer rápidamente, extendiéndose por las palmas y los dedos. Parecía pintura negra o alquitrán. Lo siguiente que recuerda es que, en el centro del patio, apareció un charco enorme y profundo, rebosante de agua limpia. Era grande como un estanque. Se acercó hasta allí, se agachó junto al borde y empezó a lavarse en el agua, intentando quitarse aquella sustancia negra y pegajosa de las manos. Entonces todos los niños se aproximaron también y formaron un enorme círculo alrededor de aquel charco. El ambiente se tornó aún más irreal. Junto a aquel estanque había una multitud silenciosa y pálida que observaba fijamente el agua cristalina, contemplando el fondo de aquella charca. Además de sus compañeros del colegio, allí estaban también sus padres, sus vecinos, su abuelo. Empezó a asustarse. Preguntó qué era lo que sucedía, pero nadie le respondió, nadie podía oírlo ni verlo. Era como si no estuviese allí. Entonces todo el mundo comenzó a susurrar, sin hacer un solo gesto, sin retirar la vista del misterioso estanque. Un murmullo general se extendió a su alrededor. Todos pronunciaban las mismas frases, como si estuviesen rezando. Todos estaban serios, y en sus rostros había preocupación y dolor. En ese momento consiguió despertar. Yacía en el suelo, y junto a él estaba su profesora. Parecía muy asustada. Una gran cantidad de niños se agolpaba a su alrededor, excitados y curiosos. Óliver acababa de tener la más extraña de sus experiencias oníricas hasta entonces. Y la vivencia había sido tan real que no podía ser sólo un sueño. La profesora llamó a sus padres inmediatamente y les explicó lo que había pasado. Según ella, todo había sucedido en menos de un minuto, pero Óliver siempre tuvo la extraña certeza de haber estado allí durante mucho más tiempo. Y también estaba seguro de que, en el fondo de aquella charca, había algo desagradable. Algo que todos miraban fijamente.

Ir al médico, para un niño de esa edad, podía ser una novedad o un suplicio. Esto último era lo más común: había que esperar un rato interminable sin hacer nada, sufrir luego ese aparato helado en el

pecho y la espalda, abrir la boca para dejarse meter aquel palo de madera hasta el fondo de la lengua y soportar heroicamente las ganas de vomitar... El caramelo que le regalaban al final era una recompensa insuficiente. El peor de todos, sin lugar a dudas, era el dentista. El oftalmólogo, con todos aquellos artefactos curiosos que no hacían daño y, además, con chocolatinas de despedida, era el preferido. A los seis años Óliver visitó otro médico, pero este debía ser muy distinto, porque estaba en otra ciudad y tuvieron que ir en coche. Hicieron casi trescientos kilómetros ese día y volvieron a casa a las diez de la noche. El doctor estaba muy interesado en lo que le había sucedido en el patio de la escuela: eso de dormirse bruscamente, en pleno día, para encontrarse inmediatamente después en otro lugar, un lugar demasiado real para tratarse de un sueño. Para referirse a aquellos extraños episodios decidió utilizar la palabra «trances». Aquel hombre alto, simpático y no muy mayor les dio a Joel y a Óliver un buen puñado de animales de juguete para que se divirtieran mientras hablaba con Miguel y Natalia. Tenía la pared de la consulta repleta de diplomas enmarcados, llenos de firmas y sellos. Después, Óliver se quedó a solas con él y con una mujer joven y guapísima, con los ojos verdes como la hierba. Pasaron a una sala grande y con mucha luz, le hicieron varias pruebas y vio máquinas y aparatos que jamás imaginó que pudieran existir. Le pareció más divertido aún que el oftalmólogo. Preguntó si allí también daban chocolatinas y la mujer le dijo que sí, que por supuesto. Además, en dos meses tendría que volver y no tenía que hacer nada más que tomar un medicamento que, según le dijo aquella doctora encantadora, estaba casi tan bueno como el chocolate. A decir verdad, exageraba un poco, pero él se lo hubiera tomado de todas formas, aunque hubiera sabido a pescado crudo, con tal de complacerla.

Óliver comenzó a medicarse el 4 de julio de 1980, precisamente cuando cumplía 2.222 días según el cómputo de Joel. Durante los dos años que estuvo bajo aquel tratamiento los trances no volvieron a repetirse. Por el contrario, los sueños normales ganaron en intensidad y frecuencia, como si su mente necesitara descargar toda la tensión acumulada en su constante funcionamiento. Fue

entonces cuando Óliver comenzó a redactar su cuaderno de sueños. La gran mayoría de los días despertaba recordando, al menos, dos o tres sueños con gran claridad, algunos de ellos de larguísima duración, con cambios de lugares, personajes y situaciones. Al principio le resultaba entretenido, a pesar de que aquella densidad de información mermaba cada vez más su descanso. Pero cuando comenzaron las noches de malos sueños, se hizo muy difícil de llevar. Aparte, su rendimiento diario empezó a flaquear en todos los aspectos. Hacia los últimos meses, la riqueza de sus sueños descendió notablemente y pudo, por fin, disfrutar de noches «en blanco» absolutamente reparadoras. Antes de su octavo cumpleaños concluyó el tratamiento, de acuerdo con la pauta preestablecida. Según la opinión médica, aquellos episodios de trances, como el médico volvía a llamarlos, no tenían por qué volver a producirse.

Así pues, tras dos años de visitas continuas, Nicolás, como prefería que lo llamaran en lugar de aquel frío y distante «doctor Garcés», se volvía a reunir a solas con Natalia y con Miguel y charlaban largamente mientras Óliver hojeaba revistas en la sala de espera. A esas alturas ya se había familiarizado con aquella consulta, era un gran amigo de Nicolás, con el que compartía numerosas aficiones —entre ellas, equipo de fútbol—, y se había enamorado perdidamente de Anna, la bellísima doctora de las chocolatinas, para luego intentar desenamorarse, a duras penas y sin mucho éxito. Pero a lo que no se acostumbraba nunca era a aquella jerga médica incomprensible, mezcla de latín y griego, donde cualquier enfermedad, por leve que fuese, parecía del todo incurable. Levantó la mirada un momento de las páginas de la revista y contempló un cuadro confuso y agitado donde predominaba el azul —en el que acabó viendo el mar y el cielo entremezclados— salpicado de manchas negras, amarillentas y rojizas, que imaginó pequeños barcos o aves ciertamente extrañas. Volvió a pensar en aquellos papeles escritos a máquina, con apuntes y correcciones a bolígrafo, donde estaba expuesto su caso y en aquellas palabras anómalas acabadas en *lepsia* que intentaban definir aquel fogonazo súbito, aquella entrada instantánea en un lugar desconocido mientras su cuerpo se desmadejaba sin remedio. Y, sin embargo, ninguna de esas palabras se ajustaba, ninguna era válida por sí

misma, ni, al parecer, tampoco combinándose entre ellas. «Su hijo parece ser un caso muy extraño», le oyó decir a Nicolás. Pero, fuera lo que fuese, aquello tan poco común que le había ocurrido debía estar relacionado con aquella palabra, *lepsia*, que venía a significar algo así como «ataque», «posesión». Aunque eso lo supo mucho después, porque entonces no le interesaba lo más mínimo lo que pudiera significar. La tarde del 25 de mayo de 1982, a una semana de cumplir los ocho años y con 2.915 días según el cómputo de Joel, lo que verdaderamente esperaba con creciente ansia mientras mataba el tiempo entre cuadros expresionistas, revistas viejas y palabras remotas era recibir la última chocolatina de manos de su primer y frustrado amor secreto. Óliver, a solas en la sala de espera, enfermo de *Annalepsia*, aguardaba el momento de despedirse de la incomparable y siempre sonriente doctora Anna, su diosa griega de profundos ojos verdes.



2. EN LA CASA DE GABRIEL

—Ten cuidado, Óliver. Si me las rompes, me dejarás medio ciego hasta que consiga otras.

Las gafas Gabriel eran tan viejas que hubieran podido ser expuestas en una tienda de antigüedades. Estaban hechas de una resistente pasta de color madera oscura y tenía unos cristales gruesos y no demasiado transparentes. A Óliver le encantaba ponérselas, ya que le quedaban enormes y le daban un aspecto grotesco que hacía que Joel casi se ahogara de la risa. Gabriel también se reía, y sus nietos comprobaban entonces, al no tener el hombre las gafas puestas, que sus ojos eran de un color gris claro. Tiempo atrás habrían sido azules, o quizá verdes.

—¿Ahora no ves nada, abuelo? —le preguntó Joel.

—Uy, ¿quién me está hablando? ¿Hay alguien ahí?

—¡Abuelo, que soy yo, Joel!

—¡Anda, un mono que habla! —respondía mientras tomaba de nuevo sus gafas y se las colocaba—. ¡Ah, no! ¡Que es Joel! Ya te iba a llevar al circo para venderte...

—¡Ya te lo he dicho! ¿También estás sordo?

Pero Gabriel no exageraba demasiado. Resultaba irónico: cuando por fin podía dedicarse a su mayor afición, la vista ya había comenzado a fallarle. Pero ese obstáculo no bastaba para detenerlo en sus observaciones, que muchas veces se basaban en aproximaciones o en pura intuición. Ayudado de una enorme lupa, que fijaba al escritorio mediante un brazo articulado, tomaba apuntes a la luz del candil y luego se iba al dormitorio, se ponía el pijama, dejaba sus gafas plegadas sobre la mesita de noche y se metía en la cama a dormir, oyendo el canto de los grillos o el grito aislado de alguna lechuza. Pero cuando iba por su noveno *Astrográfico* —a uno por año de trabajo en su atalaya— y ya había decidido que aquel sería el último, Óliver se contagió por la afición a la astronomía con tanto ímpetu que Gabriel no tuvo más remedio que tomarlo como ayudante y aprendiz. Y entonces comprendió que aquel observatorio seguiría funcionando, al menos, algún tiempo más. Su nieto llegaba justo a tiempo.

Gran parte de la infancia de Óliver y de Joel transcurrió en la casa del abuelo. Gabriel vivía allí desde su jubilación, cuando vendió su antigua vivienda en el centro de la ciudad y pudo adquirir una más humilde pero más acorde con su estilo de vida. Estaba situada a poco menos de un kilómetro del edificio donde Miguel y Natalia se acababan de instalar después de casarse y, para un hombre viudo y solitario, que entraba ya en la recta final de su vida, no existía un panorama mejor que vivir relajadamente, alejado del bullicio y del trasiego de la urbe, el tráfico y la gente, y cerca del lugar donde se criarían unos nietos que ya venía esperando con creciente ansia. Trasladó sus pocas posesiones en apenas una semana y montó un pequeño observatorio astronómico en el altillo.

—Mi padre se ha convertido en un niño pequeño —le comentaba Natalia a Miguel, entre incrédula y resignada—. Ha puesto patas arriba el desván con todos esos trastos y ahora se dedica a coger frío por las noches mirando estrellas desde la azotea... Ahora precisamente, cuando ya no puede ni leer la letra pequeña de los periódicos. Yo creo que es algo...

En realidad, su observatorio estaba ubicado en un lugar privilegiado: tan alejado del centro de la ciudad que la oscuridad de las noches era idónea para las observaciones y, además, en la azotea de una casa que coronaba una leve colina, por lo que ningún obstáculo estorbaba la vista del horizonte. Gabriel lo llamaba «su atalaya». Desde allí podía contemplar el edificio donde vivía su hija, medio escondido tras el eucaliptal, el río lejano que serpenteaba antes de entrar en el mar y el perfil azul de las montañas en las tardes de invierno. Gabriel se dedicaba, sencillamente, a disfrutar. Se levantaba con el alba, ya que, por muy tarde que se durmiera, no había manera de que el sol madrugara más que él. Tomaba un café con leche y una gigantesca tostada rebosante de manteca colorada y salía a pasear por el pinar o por el monte de los alrededores, llegando a veces hasta el pantano. Luego solía hacer algunos recados, o tomaba el autobús para ir al banco, o al mercado, o al médico. Después de comer dormía la siesta. Era una sencilla vida de pensionista, activa, optimista y rutinaria, hasta que anochecía. Entonces Gabriel se aupaba hasta su atalaya y se transformaba en el niño pequeño que tanto preocupaba a su hija, en el astrónomo más obstinado de toda la comunidad científica internacional. Compensaba su vista cansada con una ilusión y una tenacidad poco comunes en un hombre de su edad, y se sentaba al pie de su escueto telescopio rodeado de cartografías celestes, mapas lunares, calendarios y efemérides astronómicas, además de un grueso y tosco libro en blanco donde tomaba anotaciones a lápiz de las observaciones realizadas, para pasarlas a limpio al día siguiente, muy cuidadosamente, trazando unos caracteres grandes y firmes con una estilográfica que le dejaba los dedos manchados constantemente de tinta. Los días nublados descansaba o revisaba sus *Astrográficos*, que era el nombre con el que se refería a sus libros de notas. Era un astrónomo a la vieja usanza, poco amigo de los adelantos tecnológicos, y buen ejemplo de ello era que prefería usar candiles para comprobar sus mapas en la oscuridad, a pesar de que una pequeña linterna le hubiera resultado mucho más cómoda, o que, al anotar las condiciones meteorológicas de cada noche, se refiriera a los vientos por sus antiguos nombres griegos. Así pues, jamás escribió «esta noche

hace un ligero viento de levante, o del norte», sino que prefería decir «sopla débilmente el Euro, o el Bóreas». En el tejado disponía de una veleta oxidada que aún era fiable y, colocando un termómetro y un pluviómetro en la azotea, se fabricó de paso una pequeña estación meteorológica que intentaba revisar a diario. Cuando Natalia llegaba al final de su primer embarazo, estaba a punto de concluir su primer *Astrográfico*. En la última página escrita, correspondiente al 4 de junio de aquel año, redactó: «Euro intenso. Día despejado. Esta noche, eclipse parcial de luna en cielo de Oriente. Ha nacido Óliver, mi nieto».

Gabriel recogía a los niños de la guardería o del colegio y los llevaba a comer a su casa. A ellos les encantaba curiosear por los armarios, donde encontraban infinidad de objetos extraños y aparentemente inservibles a los que daban en su juego multitud de usos. Pero lo que más les gustaba a Óliver y a Joel, sin duda, era subir al altillo y a la azotea. Desde allí se sentían como águilas en su nido, disfrutando de una visión inigualable, y usaban el telescopio para ver las montañas, los árboles lejanos, el camino que se perdía campo a través y, cómo no, las ventanas que mostraban el interior de las casas de sus vecinos. Aparte, los libros que el abuelo tenía allí eran maravillosos: llenos de ilustraciones fantásticas y fotos a todo color, de mapas insólitos y nombres realmente difíciles de pronunciar. Óliver se sentía intensamente atraído por un curioso artefacto metálico que el abuelo guardaba en un armario del altillo de forma triangular, dotado de espejos y de un tubo por donde se podía mirar. Gabriel les explicó que servía para hallar la altura del sol y de otros astros, y que su nombre era «sextante», pero ellos lo acabaron llamando el «estante», el «instante» o, la mayoría de las veces, «el cacharro ese». Cuando llegaba el verano, Gabriel llevaba a sus nietos a buscar piñones al pinar casi todas las mañanas. Daban largos paseos y luego se sentaban a la sombra de los árboles, a contar los piñones recogidos y comenzar a partirlos. Por la noche, antes de llevarlos a casa de sus padres, los dejaba mirar la luna, surcada de cráteres, manchas y grietas. Sobre un viejo mapa de la superficie lunar Óliver fue aprendiendo algunos nombres. Las palabras

sonaban extrañas porque el idioma era latín. Gabriel las tradujo y ellos quedaron asombrados al saber que allí arriba también había mares. El abuelo les dijo un día, señalando una superficie oscura y diáfana de la luna:

—Toda esa zona circular se llama *Mar de la Tranquilidad*. ¿Os imagináis vivir en ese lugar? La próxima casa me la compraré allí y viviré más tranquilo que nadie...

—Pero, abuelo —reía Joel—, en mitad del mar no se puede hacer una casa, que estás tonto...

—¿Que no? Ya verás...

—Además, la luna está muy lejos... ¿Cómo vas a llegar, eh?

—¿Muy lejos, Joel? ¿Pero tú la has mirado por aquí? —decía Gabriel señalando el telescopio—. ¡Si está ahí mismo!

Joel dudaba un momento, pero volvía a decir:

—Estás tonto, abuelo...



3. CÁSTOR Y PÓLUX

Justo dos años después del nacimiento de Óliver vino al mundo Joel. Resultaban ser una curiosa pareja de hermanos: nacidos en la misma fecha, precisamente Géminis, y tan distintos a su vez el uno del otro, tan opuestos y complementarios. Según decía Gabriel, sus nietos eran un caso típico de «antigemelos». Joel era más alegre y vital, bastante menos dado a ensoñaciones y melancolías y mucho menos lunático que su hermano mayor. Tenía un miedo atroz a la oscuridad y siempre había que acostarse con una lamparita encendida que arrojaba una luz muy débil, pero suficiente para que pudiera quedarse dormido. A Óliver, por el contrario, le costaba conciliar el sueño mucho más que a su hermano y, una vez que lo hacía, solía ser más agitado y más tenso. Joel nunca tuvo ningún episodio de trances, pero ambos compartían una pesadilla, una creencia común: el *Ser*. Siempre que soñaban con él lo hacían la misma noche y a la misma hora. El sueño de los dos hermanos se sincronizaba de manera perfecta, o quizá era el *Ser* el que se

introducía en sus mentes dormidas y les robaba la calma en plena noche. Óliver y Joel hablaron por primera vez del *Ser* la mañana después de la tercera pesadilla. Ambos despertaban confusos, algo agitados, pero sin recordar nada concreto. Ninguno había visto al *Ser* con claridad, pero sabían que no era más alto que Óliver ni más bajo que Joel y, sin embargo, era, seguro, más viejo que el abuelo. Más viejo incluso que los eucaliptos del barrio.

Joel siempre volvía a casa con la ropa llena de tierra, las rodillas destrozadas de agacharse a husmear en las madrigueras de los topos y las camisetas descosidas de trepar a los árboles y engancharse con los espinos. Gastaba tres veces más en calzado que su hermano. Joel necesitaba de los cinco sentidos para comprender el mundo que le rodeaba. Óliver, en cambio, parecía valerse únicamente con la vista, pero utilizaba también una especie de sexto sentido con el que acariciaba y aprehendía la realidad, un sexto sentido que era el resultado de una sensibilidad e imaginación fuera de lo común y de una capacidad de ensimismamiento que le trajo más de un problema en la escuela. Una mañana, Joel se asomó al balcón de casa y vio a Óliver entre los eucaliptos, de pie, observando algo que había en el suelo. Joel tuvo tiempo de ir al dormitorio, de vestirse, de calzarse y de acabar el desayuno. Cuando bajó a la calle, su hermano aún seguía allí, en el mismo sitio y en la misma posición. Parecía una estatua. Estaba absorto, contemplando la marcha de un caracol que iba dejando tras de sí un fino hilo de plata brillante. Joel miró el caracol, luego miró a Óliver y luego, al caracol otra vez. Se arrodilló, se manchó de barro los pantalones y las mangas, lo cogió, lo olió, le tocó los cuernos, que se recogieron al instante, lo palpó por todos los lados, se lo puso en la cara, mojó la punta de sus dedos en la baba fresca y reciente... Óliver salió entonces de su estado catatónico, miró a su hermano y sólo alcanzó a decir «te has puesto de barro hasta arriba» antes de dar la vuelta y marcharse.

Otra diferencia entre ellos era que, mientras Óliver era un apasionado de los libros, a Joel no le llamaban la atención lo más mínimo. En cambio, tenía una capacidad innata para las ciencias en general, sobre todo las matemáticas, cosa en la que Óliver era un pez fuera del agua. En abril de 1983, poco antes de cumplir los siete

años, Joel comenzó a realizar cálculos para contar la edad de las personas en días, lo cual le entretenía bastante. El abuelo lo bautizó como «el cómputo de Joel». Procedía de la siguiente forma: multiplicaba la edad de una persona por 365, le sumaba el número de años bisiestos que había vivido y, por último, sumaba los días que habían transcurrido desde su último cumpleaños hasta el día en el que realizaba el cálculo. Empezó por él mismo y el resultado fue de 2.501 días. Le sorprendió que la cifra fuera casi redonda y lamentó no haber realizado el cálculo un día antes, pues los 2.500 hubieran sido un sobrado motivo de celebración. Para hallar la edad de Óliver sólo tenía que sumar 731, así que obtuvo un total de 3.232, número que también le resultó curioso. Joel se entusiasmó tanto con su invención que se lanzó a calcular los días de toda persona que tuviera a su alcance. El abuelo arrojó la friolera de 26.651 días, a sólo quince de la mágica cifra de 26.666. Cuando ya no tuvo a nadie para contarle los días, se centró en calcular las fechas especiales. Por ejemplo, el 22 de agosto de 1984 cumpliría 3.000 días, y nueve meses después de esta fecha, el 18 de mayo de 1985, su hermano Óliver alcanzaría los 4.000. Hizo el cálculo para los 30.000 del abuelo, que tendría que ser la mayor fiesta de todas, pero quedó desilusionado con el resultado: tendría lugar el 11 de junio de 1992. Faltaban nueve largos años.

Muchas veces, Óliver y Joel se quedaban a pasar la noche en casa de su abuelo, ya que disponía de una habitación de invitados con dos camas grandes y extremadamente confortables. Además, la casa era bastante fresca en verano y muy cálida en invierno, porque contaba con una pequeña chimenea que calentaba el ambiente en las frías noches y lo llenaba todo de un agradable aroma a leña. Ocasionalmente, asaban chorizos en las brasas y los niños se quedaban hipnotizados viendo cómo comenzaban a tostarse sudando gruesas gotas de grasa y chisporroteando entre las llamas azules y verdes. Gabriel, muy aficionado a contar todo tipo de historias, aprovechaba aquellos momentos para narrarles a sus nietos multitud de anécdotas y fábulas. Algunas eran de su vida en el campo, de cuando trabajaba de descorchador. Partía de algún hecho real y lo iba adornando sobre la marcha, inventándole circunstancias.

Pero, sin duda, las historias favoritas de Gabriel eran las mitológicas, las de la antigua Grecia. Casi todas eran salvajes y violentas, o acababan mal. A Joel no le gustaban los finales tristes, pero Óliver permanecía absorto, oyendo los relatos de aquellos hombres y mujeres desdichados luchar contra el destino terrible que les había tocado en suerte; de los oráculos, que nunca se equivocaban, aunque siempre decían cosas muy confusas; de aquellos dioses arrogantes y crueles y de las guerras en las que luchaban héroes con unos nombres que parecían trabalenguas.

Una noche Joel pidió una historia de aquellas, con la condición de que tuviese un buen final. Gabriel se decidió por la fábula de la constelación de Géminis, que era el signo zodiacal de sus nietos. Ambos escucharon con total atención. El relato trataba sobre dos hermanos gemelos, Cástor y Pólux. Habían nacido de un huevo y eran hijos de Zeus, el dios más poderoso. Ambos sobresalían notablemente por encima de todos los demás hombres. Pero la diferencia fundamental entre ellos era que Pólux había recibido de su padre el don de la inmortalidad, pero no así Cástor, que sí podía morir. Gabriel explicó que ambos hermanos se querían mucho y siempre estaban unidos, y que juntos corrieron multitud de aventuras, se embarcaron en largos viajes y afrontaron numerosos peligros. Hasta que, un día, unos hombres mataron a Cástor. Joel, que hasta entonces escuchaba entusiasmado, se alarmó enormemente. Pólux, por supuesto, vengó a su hermano, pero esto no le sirvió de consuelo. Estaba tan triste por la muerte de Cástor que ya no quería ser inmortal si no lo podía tener a su lado, así que le dijo a su padre que quería compartir la inmortalidad con él, y Zeus aceptó. Gabriel añadió que, desde entonces, durante medio año están muertos los dos y durante el otro medio resucitan y viven juntos y felices con el resto de los dioses. Y además, para que la historia fuese conocida por las generaciones posteriores, Zeus los convirtió en estrellas y formó con ellos la constelación de Géminis.

Al acabar la narración, Joel se levantó enfadado y acusó a su abuelo de haberlo engañado. Le había prometido una historia con un final feliz y no había cumplido su palabra. «¡Al final siempre tiene que morir alguien!», gritó. Gabriel intentó defenderse diciendo

que, en realidad, la historia no acababa tan mal, pero Joel empezó a llorar y acabó huyendo a la cocina, buscando refugio, mientras Óliver se burlaba de él. Gabriel sonrió, se incorporó con parsimonia y se fue lentamente detrás de su nieto pequeño, pensando en qué otros argumentos tendría para ir ganándoselo poco a poco.

Los hechos que sucedieron durante los años siguientes hicieron que ni Óliver ni Joel olvidaran jamás la historia de aquellos gemelos.



4. EL BARRIO

Los chicos de allí lo llamaban «el barrio», aunque se refirieran únicamente al vecindario donde vivían y a sus alrededores cercanos. El barrio cabía perfectamente en un círculo de poco más de un centenar de metros de diámetro cuyo centro era el edificio donde vivían. Frente a este se extendía una amplia zona de hierba y árboles de la que cuidaba el señor Alvarado, el jardinero del vecindario. Había también un bosquecillo de eucaliptos: unas dos docenas de árboles que superaban ligeramente en altura la séptima planta y que parecían abrigar y proteger el bloque de pisos. Desde allí, un camino de tierra marchaba hacia el norte, atravesaba un pinar cercano y llegaba finalmente hasta un pantano no muy grande destinado al regadío. Pero aquello era salirse del mapa.

Hacia el oeste partía otro sendero de tierra. Junto a dicho sendero se hallaba un conjunto de álamos aislados metidos en una pequeña depresión del terreno. Los árboles estaban tan agrupados que ocultaban, casi en su totalidad, una vieja casa abandonada. Era una construcción grande, con el techo medio derruido, las ventanas sin cristales y la única puerta de entrada tapiada con ladrillo. Ningún vecino sabía con certeza si alguien había vivido allí antes o si aquel caserón había sido en realidad una vivienda, un barracón, un almacén o una vieja fábrica. El caso es que los curiosos que se acercaban a husmear en su interior se encontraban con montañas de muebles viejos apilados, cientos de libros comidos por las polillas, camadas de gatos callejeros, polvo a toneladas y un sinfín de trastos inútiles.